



BIBLIOTECA

B 1671
C44
1890

V.1



HAVRE, 3 de Agosto de 1848.

QUERIDO HERMANO.

Te he escrito varias veces que los ratos que me dejaba libres el desempeño de este Consulado, los empleaba vertiendo del inglés al castellano las *Cartas del Conde de Chesterfield á su Hijo*. La extensa fama de esta obra, los elogios de sus partidarios, la crítica de sus detractores, y las repetidas ediciones que de ella se hacen, me indujeron á leerla; y creí ver en ella una ciencia tan práctica de la vida, y un conocimiento tan profundo del corazón humano, que sentí infinito no haberla conocido antes. Comencé mi versión sin pensamiento determinado de darla á la prensa, porque preveía lo difícil que había de ser para mí, trasladar á nuestro idioma las bellezas y naturalidad del original; y la he concluido sin poder decirte si el convencimiento de mi incapacidad como traductor, es mayor que el deseo de que la obra sea conocida de la generalidad de nuestros compatriotas. En tal contraste he resuelto dar á luz mi manuscrito, confiado en que los mejicanos perdonarán la osadía en obsequio de mi intención.

Como has leído estas cartas en el idioma en que fueron escritas, quizá objetarás que hay en ellas unos cuantos pasajes que podrían descarriar á los espíritus débiles, ó dar pábulo á los corrompidos; pero notarás que he procurado salvar este inconveniente, unas veces apagando y otras obscureciendo, las peligrosas luces que el autor, sin necesidad en mi concepto, esparció por el sendero que trazaba á su hijo con la mira de elevarlo á la cumbre de los honores. Las supresiones que he hecho en nada perjudican al cuerpo de la obra, y compondrán cuando más diez páginas del original. He trasladado, con cuanta exactitud me ha sido posible, los pensamientos del autor, sin omitir ninguna de las numerosas máximas que recomienda á su hijo como fruto de su consumada experiencia; y cuando lo he creído oportuno he aventurado varias notas. Al principio quise suprimir las cien primeras cartas, porque me pareció no ver en ellas más que rudimentos para la niñez, consignados en mil libros elementales; pero después cambié de propósito, tanto por la razón que asienta en su aviso el editor inglés, como porque me figuré que los lectores tendrían mucha curiosidad de conocer cuáles fueron las primeras lecciones que dió á su hijo un hombre tan versado en la ciencia del mundo, y tan distinguido bajo todos aspectos, como sin disputa lo fué el autor.

Mi ánimo desde un principio, fué dedicarte mi trabajo, y espero que lo admitas como testimonio del sincero afecto que te profesa tu amante hermano,

Luis.

Señor Don MANUEL MANEIRO, Cónsul de Méjico en Burdeos.

AVISO DEL EDITOR INGLÉS.

Lord Chesterfield ha brillado tanto en el mundo, y sus talentos son tan conocidos, que sería superfluo detallar minuciosamente sus acciones; pero no parece inútil exponer las razones que le indujeron á tratar el importante asunto de la educación.

Bien sabido es que este hombre célebre tuvo un hijo natural, á quien profesó el más tierno cariño, y cuya educación fué, durante varios años, el particular empeño de su vida. Después de procurarle los tesoros más preciosos de la literatura antigua y moderna, quiso que también adquiriese el conocimiento de los hombres y de las cosas, que él mismo había adquirido por medio de una larga y consumada experiencia. El lector observará que estas cartas comienzan por los primeros elementos adaptados á la capacidad de un niño, y que extendiéndose gradualmente sobre aquellos preceptos y avisos propios para dirigir y proteger á la tierna é incauta juventud, terminan con las instrucciones y los conocimientos necesarios para formar al hombre cabal, capaz de brillar como cortesano en los palacios, como orador en la tribuna, y como ministro en los países extranjeros.

Para lograr estos intentos, el Conde, deseoso de que su hijo se adhiriese á la más pura moral, parece haber considerado como su principal objeto, establecer en el período más temprano de la vida, un firme cimiento de buena conducta y de sana religión. Su segunda mira fué, que aprendiese los idiomas muertos y los diferentes ramos de la buena literatura, á cuyo fin hizo que estudiase los autores más selectos de la antigüedad. También se propuso que adquiriese aquella idea general de las ciencias, que un caballero no puede ignorar sin cierto deshonor. El artículo con que el Conde termina su sistema de educación, y que recomienda más particularmente en toda su obra, es el estudio de aquella utilísima ciencia, es decir, el conocimiento del género humano. En prosecución de este objeto, indaga y examina con la mayor exactitud los resortes del corazón del hombre, y descubre el móvil de todas sus acciones, viniendo de aquí que conceda tanta importancia y atribuya un mérito tan grande á las prendas llamadas comunmente agradables, que él consideraba como requisito de lo más necesario para que un hombre llegue al grado de perfección posible.

Sería inútil difundirse sobre el mérito de una obra de esta especie.

ejecutada por tan gran maestro, mérito que toda persona sensata debe conocer, tanto más cuánto que hasta ahora no sabemos que se haya publicado en Inglaterra nada que se le asemeje. Apelamos al público ilustrado para que decida del grado de entretenimiento y de instrucción que procuran estas cartas, y nos lisonjemos de que serán leídas con general satisfacción, si se considera que la mayor y más esencial parte de ellas fué escrita cuando el Conde de Chesterfield gozaba de todo el vigor de su alma, y poseía todas aquellas grandes cualidades que lo hicieron admirar en Inglaterra, reverenciar en Irlanda, y apreciar en todos los lugares en donde fué conocido.

Celebrado en toda Europa por sus superiores talentos en el arte epistolar, por el esplendor de su ingenio, y por la solidez y extensión de su saber ¿se creará acaso que haya mucha presunción, al asegurar que ejerció hasta lo sumo todas estas cualidades en su favorito objeto — la educación; y que para formar el alma de un hijo idolatrado agotó aun aquellas facultades que, de parecer de todo el mundo, poseía él en grado eminente?

Algunos quizá pensarán que las primeras cartas de esta colección, escritas para la enseñanza de un niño de siete años, no merecían publicarse. Sin embargo, se han unido á las otras porque varias personas de juicio sólido han creído el todo absolutamente necesario para formar un sistema de educación completo. En efecto, el lector observará que el Conde dice á su hijo repetidas veces, que el cariño que le tiene le induce á no considerar como trivial ni pequeño cualquiera estudio que pueda serle útil; de modo que no nos hemos creído autorizados á suprimir lo que un hombre tan experimentado juzgó necesario para completar su empresa. Sobre este punto podemos apelar más particularmente al juicio de los que siendo padres ellos mismos, y amando tiernamente á sus hijos, saben apreciar la necesidad de aquellos avisos. Las lecciones esparcidas en estas cartas, se hallan felizmente combinadas para formar é instruir el alma de un niño que apenas comienza á despuntar, y para prepararla á recibir las tempranas lecciones de la erudición y de la moral. Muchas de estas cartas se han extraviado con gran sentimiento nuestro, pero podemos asegurar que todas las que ahora publicamos, y cuyos originales se hallan en nuestro poder, son auténticas, y que no hay en ellas un solo renglón que no sea del Conde de Chesterfield.

Por lo que hace á las repeticiones que á veces ocurren, y que muchos podrían tomar por descuido y creer que habría sido mejor suprimirlas, son tan variadas, y su significado aparece bajo tantas y tan diferentes luces, que sería imposible cambiarlas sin mutilar la obra. El lector observará también, que el Conde declara expresamente en varios lugares, que el objeto especial de tales repeticiones es inculcar más profundamente sus discursos. Una razón tan poderosa, dada por el mismo autor, nos ha hecho creer que era de lo más necesario no desviarse del original.

Aunque las cartas escritas desde que M. Stanhope fué empleado en calidad de Ministro en los países extranjeros no se refieren á la educación, sin embargo, como forman la serie de las cartas del autor á su hijo, y descubren sus sentimientos sobre varios asuntos interesantes, tanto públicos como privados, se ha pensado que no dejarían de ser gratas al lector.

Aviso posterior.

La favorable acogida que generalmente ha dado el público á esta obra, ha inducido al editor á presentar una ó dos reflexiones en respuesta á ciertos reparos hechos contra ella por algunas personas armadas quizá de excesiva severidad.

Se ha objetado que Lord Chesterfield tenía una opinión muy desfavorable del género humano, y por consiguiente, que algunos de sus avisos y preceptos son propios para inspirar desconfianza y artificio en la conducta. Admitiendo que este cargo sea fundado, es de temer que mientras más conozcamos el mundo, menos inclinados seamos á condenar una prudencia excesiva á este respecto; porque la juventud, naturalmente sencilla, incauta en su proceder y sin mella aun en el mundo, rara vez deja de ser la presa de almas insidiosas y experimentadas; y con todo, vemos á menudo en esta obra que el autor aconseja invariablemente á su hijo que no pase los límites que llevan á la *falsedad* y á la *simulación*; y hallamos igualmente que le recomienda un apego constante á la moral más estricta, y que conserve su fama ilesa y libre de toda mancha.

La parte relativa al bello sexo ha suscitado también varias objeciones, pero creemos reclamar, con razón, alguna indulgencia, por lo que un *hombre mundano escribe á otro*. Podemos decir en justificación del autor, que sus miras se dirigieron constantemente á inspirar á su hijo el mayor aborrecimiento á aquella clase de mujeres que se ganan por motivos interesados, y cuya compañía veía él como la perdición de los desgraciados jóvenes que la frecuentan.

NOTICIA DE LA VIDA DEL AUTOR.

El Conde de Chesterfield nació en Londres en Septiembre de 1694, y fué educado por tutores especiales hasta la edad de 18 años. Pasó después al colegio, y se dedicó con tanto celo y placer al estudio de los autores clásicos, que según confiesa él mismo, faltó muy poco para que llegase á ser un insigne pedante. En 1714 emprendió su correría por Europa, considerada en aquel tiempo como indispensable para completar la educación de un caballero noble. Los preludios de su viaje fueron un tanto desgraciados, porque durante su residencia en la Haya, adquirió aquella inclinación al juego que más ó menos le acompañó hasta los últimos momentos de su vida; pero esto no le hizo perder de vista el principal objeto de sus viajes, que fué conocer las cortes y política de Europa, y debe confesarse que llegó á poseer esta ciencia en el más alto grado de perfección.

En 1715 regresó á Inglaterra, y por influjo de su tío, entonces Secretario de Estado, fué nombrado Camarero del príncipe de Gales. También obtuvo un asiento en el parlamento, en donde comenzó á ejercitar su elocuencia; pero no teniendo la edad requerida fué amenazado por sus adversarios, y esto le obligó á ausentarse de la Cámara de los Comunes por algún tiempo, que pasó en París. En 1716 regresó á su patria, y cuando se introdujo la discordia entre la corte y el príncipe de Gales, dedicó sus talentos en servicio del príncipe (después Jorge II) á pesar de las urgentes súplicas de sus parientes que eran del partido opuesto. En 1726 murió su padre, y tomó entonces asiento en la cámara de los Pares, en donde su elocuencia llegó á ser admirada, distinguiéndose particularmente por la feliz elección de sus imágenes y alusiones, y por una elegancia de lenguaje mayor de la que había sido usual en aquella ilustre asamblea. Estas prendas no sólo se vieron realizadas por la fuerza natural de su talento, que era de lo más brillante y cultivado, sino por la amistad que llevaba con los primeros ingenios de Inglaterra y del continente. Pope, Algarotti, Voltaire y Montesquieu, figuraron en el número de sus íntimos amigos.

Como Lord Chesterfield se había adherido al príncipe de Gales, era natural pensar que cuando éste subiese al trono, elevaría á su adicto á los puestos más distinguidos; pero el único empleo que obtuvo fué el

de embajador en Holanda, en desempeño del cual mostró unos talentos de hombre de Estado, superiores á lo que era natural esperar de un sujeto, en cuya conducta exterior se descubría más bien el amor á la disipación que á los negocios. El rey se manifestó tan satisfecho de sus talentos y habilidad para evitar una guerra con Hanover, que lo hizo mayordomo mayor de la casa real y caballero de la Jarretera. En 1732 dejó la embajada con motivo al mal estado de su salud, y cuando se recuperó volvió á ocupar su asiento en la Cámara de los Pares, en donde se mostró firme adversario del célebre Walpole. Persistió en estos principios hasta la fusión de los partidos en 1744, y entonces entró en el gabinete sin contar con las simpatías del rey, que, por su larga y obstinada oposición, había sido inducido á considerarle como enemigo personal.

En 1745 fué de nuevo enviado en calidad de embajador á Holanda, y poco después nombrado Gobernador de Irlanda, cuyo empleo desempeñó, más que ningún otro, con la más alta reputación y provecho para ambos países. Sus servicios allí fueron sin embargo cortos, porque S. M. ya perfectamente reconciliado, le nombró en Noviembre de 1746 principal Secretario de Estado. En 1748 renunció, por no considerarse capaz de obtener en el gabinete ciertas medidas que él estimaba muy importantes; pero á más de esto, su salud se deterioró hacia este tiempo; frecuentes vahidos le molestaban y le impedían desempeñar con crédito ni descanso, las continuas fatigas de aquel empleo; y aunque ocasionalmente tomó después parte en los debates de la Cámara de los Pares, dedicó el resto de su vida á las tranquilas ocupaciones del mundo elegante y literario, y en ambos teatros arrojó el mayor brillo. Su favorita ambición fué ser considerado como Mecenas de los hombres instruidos, y muchas veces se condujo con ellos liberalmente; pero la obstinada independencia de Samuel Johnson, no era para doblegarse á las atenciones del Conde, y el doctor, creyéndose menospreciado, le escribió aquella carta (a) que con tanta frecuencia ha sido leída y admirada como modelo de un noble y digno resentimiento.

En varios periodos de su vida el autor hizo célebre su nombre en la república de las letras. Sus principales producciones fueron publicadas en los periódicos de su tiempo, particularmente en los titulados *La Niebla* y el *Sentido Común*. Sin embargo, los que envió á otro periódico, denominado *El Mundo*, son más universalmente admirados, por la agudeza y elegancia de su estilo. Sus arengas, sus papeles de Estado, y su variada correspondencia, son también muy apreciables, porque están llenos de elocuencia y de felices arranques de ironía y de ridículo.

Pero de todos sus escritos las cartas á su hijo, que jamás pensó dar á luz, son las más célebres y han sido siempre las más populares. En 1733

(a) Véase la nota de la carta del 28 de Febrero de 1751 en donde se inserta.

se casó con Melosina de Schulemburg, condesa de Walsingham (a), pero de este matrimonio no tuvo descendencia. Su hijo natural, á quien escribió estas cartas, fué el fruto de una amistad que contrajo en la Haya; y parece que el objeto favorito de su vida, fué hacer de este hijo un perfecto dechado, tanto por lo que hace á la finura y elegancia de un caballero, como á los talentos propios á un consumado hombre de Estado. Á este fin vigiló su educación con la mayor solicitud, y además de poner á su lado hábiles tutores y gastar profusamente en sus viajes, mantuvo con él una larga correspondencia sobre todos los puntos interesantes á la juventud é importantes á la virilidad. Después le procuró algunas misiones diplomáticas, principalmente la de enviado á Dresde; pero al asegurarse que fué hombre íntegro, se dice que era de maneras llanas y en ningún modo el caballero por excelencia que su padre había tratado de formar. El biógrafo del autor dice, que si éste no se hubiese propuesto más que hacer á su hijo idóneo para la mediana y quizá más afortunada situación de la vida, habría logrado completamente su intento; pero deseaba constituirle propio para una posición más brillante, ó, usando de su propia expresión, elevarlo sobre un pedestal más alto del que convenia á su figura. La ciencia del mundo es tan necesaria como la de los libros para tal situación, y este joven, aunque no tratado por la naturaleza con ojos de madrastra, requería la asistencia del arte. La perspicacia del padre descubrió muy pronto las imperfecciones del hijo, y convencido de que en Inglaterra no podría remediarlas, resolvió hacerlo viajar. Su objeto fué reunir en su hijo lo que nunca había visto en una misma persona: la sólida literatura de su propio país y el desembarazo, las maneras y las gracias, que en su opinión sólo se encontraban en Francia. La guerra no le permitió enviarlo inmediatamente á aquella grande escuela de urbanidad y de gusto y quiso antes prepararlo gradualmente, haciendo que pasase unos cuantos años en Alemania y en Italia. Para conservar intacta la pureza de su corazón y cultivar su alma, lo puso bajo el cuidado del presbítero Walter Harte d'Oxford. Este tutor no poesía ciertamente ninguna de las gratas cualidades que el Conde deseaba en su hijo; y además, como ni el gusto ni la profesión, ni aun en verdad, la persona de este nuevo guía podían permitirle acompañar á su pupilo á las sociedades distinguidas, muchas veces permitió que se acompañase con jóvenes compatriotas suyos que lo familiarizaron con lo peor.

M. Stanhope estudió en Lausana y Lipsia; fué á Dresde y á Berlín; después visitó á Venecia, Roma y Nápoles, París y Bruselas, Holanda y algunas partes de Alemania. Cuando regresó en 1754, logró un asiento en el parlamento, y su padre trabajó infinitamente en prepararlo para su primer apareamiento como orador, pero en vano, porque llegado el

(a) Esta dama, dice Lord Mahon, era nieta de la Duquesa de Kendal, ó más bien, como se sospechó con fundamento, hija suya y del rey Jorje 1º.

caso, se detuvo á causa de su cortedad, y acudió á sus notas manuscritas, de modo que nunca intentó perorar de nuevo. Después fué á Ratisbona con carácter público y á su regreso se le confirió el nombramiento de enviado á la corte de Dresde. Pero su salud se hallaba entonces muy debilitada, y murió en una aldea cerca de Aviñón el 16 de Noviembre de 1768.

Su padre vivió hasta el 24 de Marzo de 1773; pero durante los últimos años de su vida presentó únicamente los decaídos restos de un pasado cortesano, de un literato y de un caballero. El Dr. Maty, su biógrafo, le alaba como « un noble sin paralelo en su tiempo, tanto por la variedad » de sus talentos y el brillo de su ingenio, como por su urbanidad y su » elegante conversación. Fué á la vez hombre de placeres y de negocios, » pero sin permitir jamás que los primeros robasen el tiempo que recla- » maban los últimos. Su embajada á Holanda muestra su experiencia, » su destreza y su habilidad como negociador. Su gobierno en Irlanda, » en donde su nombre es aún reverenciado, patentiza su integridad, su » vigilancia y su profunda política como hombre de Estado. Sus arengas en » el parlamento fijan su reputación como orador distinguido. Su conducta » en la vida pública, fué recta, escrupulosa y constante: en la privada, » amistosa y benévola, y en ambas, grata, afectuosa y conciliante (a). »

Superfluo sería entrar en extensas digresiones sobre el mérito de estas cartas (b), que se han vendido sin interrupción é impreso varias veces durante los últimos treinta años, en cuyo tiempo han sido comentadas y criticadas de mil maneras. La excelencia del estilo epistolar del autor, debe considerarse como modelo, y su conocimiento de la naturaleza humana, derivado de su largo trato con hombres de todo país y condición, le constituyen ciertamente capaz de establecer reglas sólidas y útiles, sobre multitud de asuntos altamente importantes á la juventud. El autor tenía muchas razones para restringir estas cartas á sólo el uso de su hijo, y sin embargo, vemos que su estilo es más limado y correcto que el de los trabajados productos de algunos de nuestros más célebres escritores epistolares. Puede en verdad dudarse si algún autor inglés ha presentado modelos más hermosos de estilo epistolar, y debemos mostrarnos tanto más orgullosos de ellas, cuanto que han contribuido á extinguir la antigua preocupación de las naciones extranjeras, que han creído que los ingleses sobresalen en los escritos sistemáticos del genio y de la literatura, pero que jamás han podido escribir cartas. Lord Chesterfield, por el contrario, ha patentizado que una carta elegante no es más que un discurso correcto, que traslada fácilmente al papel las primeras ideas, y dicta con el más afortunado efecto, las máximas de la sabiduría y de la prudencia.

(a) El mismo biógrafo al terminar este retrato del Conde de Chesterfield agrega: *tales fueron sus perfecciones; quede para quien le sobrepujare en ellas hablar de sus defectos.*

(b) En Agosto de 1774 escribía Voltaire lo siguiente á Madama du Deffand: « Il y a beaucoup à apprendre dans ces Lettres, et je ne sais si ce n'est pas le meilleur livre d'éducation qu'on ait jamais fait. Lord Chesterfield veut que son fils cherche à plaire et lui en donne les moyens... »

MÉTODO PARA LA EDUCACIÓN DE UN JOVEN

SEGÚN BOLÍVAR.

Los sucesos inmensos que se verificaron en el sur de Colombia y en el Perú y Bolivia, en los años que transcurrieron hasta 1825, ocuparon completamente toda la atención de Bolívar; mas, en el primer momento de reposo, pensó en su sobrino, hijo de su hermano Juan Vicente, á quien amaba con ternura, y escribió enviando desde la Magdalena cerca de Lima, las Instrucciones para el maestro á quien Alderson hubiera confiado la educación de su sobrino Fernando, en los Estados de la Unión americana.

Dicen así:

« La educación de los niños debe ser siempre adecuada á su edad, inclinaciones, genio y temperamento.

» Teniendo ahora mi sobrino más de doce años, deberá aplicársele á aprender los idiomas modernos, sin descuidar el suyo. Los idiomas muertos deben estudiarse después de poseer los vivos.

» La geografía y cosmografía deben ser de los primeros conocimientos que haya de adquirir un joven.

» La historia, á semejanza de los idiomas, debe principiarse á aprender por la contemporánea, para ir remontando por grados hasta llegar á los tiempos oscuros de la fábula.

» Jamás es demasiado temprano para el conocimiento de las ciencias exactas, porque ellas nos enseñan el análisis en todo, pasando de lo conocido á lo desconocido, y por ese medio aprendemos á pensar y á raciocinar con lógica.

» Mas debe tenerse presente la capacidad del alumno para el cálculo, pues no todos son igualmente aptos para las matemáticas.

» Generalmente todos pueden aprender la geometría y comprenderla; pero no sucede lo mismo con el álgebra y el cálculo integral y diferencial.

» La memoria demasiado pronta, siempre es una facultad brillante, pero redundante en detrimento de la comprensión; así es que el niño que demuestra demasiada facilidad para retener sus lecciones de memoria, deberá enseñársele aquellas cosas, que lo obliguen á meditar, como resolver problemas y poner ecuaciones; viceversa, á los lentos de retentiva, deberá enseñárseles de memoria y á recitar las composiciones escogidas de los grandes poetas; tanto la memoria como el cálculo están sujetos á fortalecerse por el ejercicio.

» La memoria debe ejercitarse cuanto sea posible pero jamás fatigarla hasta debilitarla.

XVI MÉTODO PARA LA EDUCACIÓN DE UN JOVEN, SEGÚN BOLÍVAR.

» La estadística es un estudio necesario en los tiempos que atravesamos, y deseo que la aprenda mi sobrino.

» Con preferencia se le instruirá en la mecánica y ciencias del ingeniero civil, pero no contra su voluntad, si no tiene inclinación á esos estudios.

» La música no es preciso que la aprenda, sino en el caso que tenga pasión por ese arte; pero sí debe poseer aunque sean rudimentos del dibujo lineal, de la astronomía, química y botánica, profundizando más ó menos en esas ciencias según su inclinación ó gusto por algunas de ellas.

» *La enseñanza de las buenas costumbres ó hábitos sociales es tan esencial como la instrucción; por eso debe tenerse especial cuidado en que aprenda en las cartas de lord Chesterfield á su hijo, los principios y modales de un caballero*

» La moral en máximas religiosas y en la práctica conservadora de la salud y de la vida, es una enseñanza que ningún maestro puede descuidar.

» El derecho romano, como base de la legislación universal, debe estudiarlo.

» Siendo muy difícil precisar dónde termina el arte y principia la ciencia, si su inclinación lo decide á aprender algún arte ú oficio, yo lo celebraría, pues abundan entre nosotros médicos y abogados, pero nos faltan buenos mecánicos y agricultores, que son los que el país necesita, para adelantar en prosperidad y bienestar.

» El baile, que es la poesía del movimiento, y que da gracia y soltura á la persona, á la vez que es un ejercicio higiénico en climas templados, deberá practicarlo si es de su gusto.

» Sobre todo, recomiendo á usted inspirarle el gusto por la sociedad culta donde el bello sexo ejerce su benéfico influjo; y ese respeto á los hombres de edad, saber y posición social, que hace á la juventud encantadora, asociándola á las esperanzas del porvenir.

» Pueblo de la Magdalena, cerca de Lima, año de 1825. — Bolívar. »

El libertador acompañó estas *Instrucciones* con cartas afectuosas para su sobrino, en cuyas cartas se hace notable el encargo estricto de observar los preceptos de la moral. ¡Qué bello es oír al vencedor en cien batallas, al indomable caudillo americano, hablar de la moral y recomendar con fervor la observancia de sus santos mandamientos, en una época de crisis, de revoluciones y reformas! La guerra había terminado; la administración iba á comenzar.....

La obligación moral, las leyes de la honradez, del honor y de la justicia, eran el pensamiento íntimo y constante de Bolívar. Como quien sabía que sin costumbres nada valen las leyes, y que sin rectitud y sin justicia no hay sino miserias y ruina.

. . . . *Justitia elevat gentes*
Miseros facit populos peccatum
(Prov. c. 14.)

FELIPE LARRAZÁBAL.

CARTAS

DE

LORD CHESTERFIELD

Á SU HIJO.

SEÑOR MÍO (a).

Se me ha dicho que hacéis preparativos para viajar, y que comenzaréis por Holanda (b), de modo que he creído deber desearos un viaje próspero y vientos favorables. Espero tendréis la bondad de participarme vuestro arribo á aquella república, y las observaciones que hicieréis en el curso de vuestros viajes.

Visitaréis en primer lugar La Haya, que es el pueblo más hermoso del mundo, porque no se considera como ciudad. Amsterdam, que se juzga como la capital, es ciudad muy bella y rica.

Veréis por toda Holanda la mayor limpieza, y aun las calles mismas son más aseadas que nuestras casas por aquí. El comercio holandés es muy extenso, particularmente con la China, el Japón y el resto de las Indias Orientales.

Vais á tener muchos días de fiesta consecutivos; aprovechadlos, divertíos bien, y á vuestro regreso será necesario que recobréis el tiempo perdido aprendiendo cuanto fuere posible. Á Dios.

(a) El autor escribió sus primeras cartas en francés, con la mira de instruir á su hijo en este idioma.

(b) Felipe Stanhope hizo un viaje á Holanda á la edad de cinco años, y esta primera carta es sólo una chanza.